

José María Baldasano

Dos grados más no son para tanto
Una historia del negacionismo climático

CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR

1.^a edición: octubre de 2025

Diseño de cubierta: Germán Úcar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© José María Baldasano, 2025
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 15.234-2025
I.S.B.N.: 978-84-376-4943-6
Printed in Spain

Agradecimientos

En primer lugar, a mi mujer Asunción, que ha soportado con mucho amor y paciencia mi pesadez y empeño en escribirlo.

Este libro no se hubiera escrito si no existiera el ARCA, colectivo multidisciplinar reunido entorno a Miquel Escudero Royo al que agradezco su continuado esfuerzo de dedicación y amistad.

Mi más sincero agradecimiento a Ricardo García Cárcel, por su confianza al haberse atrevido a realizarme el encargo de escribir este libro.

Es obligado reconocer la paciencia y el buen hacer de Raúl García Bravo, Esther Moñita y Elsa Otero y a ediciones Cátedra por confiar en este libro.

Prólogo

JOSÉ RAMÓN CALVO FERNÁNDEZ

«Dos grados más no son para tanto». Esta frase, aparentemente sencilla pero profundamente engañosa, sintetiza uno de los argumentos más recurrentes entre quienes niegan o minimizan la gravedad del cambio climático. Se trata de una fórmula tranquilizadora que invita a la pasividad: ¿acaso puede resultar tan grave un incremento de dos grados en la temperatura media global? ¿No es acaso un margen insignificante, una variación apenas perceptible en nuestra vida cotidiana?

Sin embargo, tras esa aparente intrascendencia se esconde una de las estrategias más eficaces del negacionismo climático: transformar una emergencia global en un asunto menor, justificando así la inacción, perpetuando el *statu quo* y, sobre todo, asegurando el flujo de capital que esto les garantiza.

El negacionismo climático es mucho más que una simple corriente de opinión escéptica. Es un fenómeno complejo, con raíces económicas, ideológicas, políticas, sociales y mediáticas. Está impulsado por sectores perfectamente organizados que rechazan o subestiman el consenso científico sobre el calentamiento global y sus consecuencias, por razones que se explican muy bien en este libro, y que trabajan activamente para mantener a la humanidad anclada en la civilización de los combustibles fósiles.

Su objetivo no es solo sembrar dudas, sino, fundamentalmente, influir en la opinión pública y en el debate político, utilizando narrativas, estrategias y actitudes que niegan, minimizan o distorsionan deliberadamente la evidencia científica, cada vez más abrumadora.

A lo largo de la historia reciente, el negacionismo climático ha desplegado un arsenal de tácticas para desinformar y retrasar la acción colectiva. No se trata únicamente de negar los hechos, sino de relativizarlos, de sugerir que «la ciencia no está cerrada», que «faltan datos», que «el clima siempre ha experimentado cambios o variaciones».

Se recurre a falsos expertos, a estudios aislados, a la exageración de la incertidumbre y al uso de falacias lógicas para erosionar la confianza en la comunidad científica.

La estrategia del negacionismo climático guarda una inquietante similitud con la que, décadas atrás, desplegaron las compañías tabacaleras para sembrar dudas sobre los efectos nocivos del tabaco. Ambas industrias, enfrentadas a evidencias científicas que amenazaban sus intereses económicos, financian campañas de desinformación y manipulación mediática para retrasar la regulación y proteger su modelo de negocio.

Las grandes empresas tabaqueras contrataron a científicos y consultoras de relaciones públicas para cuestionar los estudios que vinculaban el consumo de cigarrillos con el cáncer de pulmón y otras patologías asociadas, generando la percepción de que la ciencia no era concluyente y que existía un debate donde, en realidad, había consenso.

Esta táctica se resume en la célebre frase de un documento interno de una tabacalera: «La duda es nuestro producto, ya que es la mejor manera de competir con las evidencias que existen, en la mente del público en general». Esas estrategias históricas de la industria tabaquera encuentran también eco actual en sus campañas para minimizar o negar los riesgos del vapeo, el nuevo modelo de negocio al que han recurrido.

Las grandes compañías del tabaco han impulsado agresivas estrategias de *marketing* para presentar los cigarrillos electrónicos y vapeadores como alternativas «más saludables», para lo cual han re-

currido a mensajes de reducción de daño o como paso previo para dejar de fumar, afirmaciones que la evidencia científica actualmente disponible no respalda y que replica el mismo patrón que emplearon para negar las evidencias científicas sobre el tabaco convencional.

Así, el negacionismo de los daños del vapeo es la última versión de una estrategia de engaño que la industria tabaquera perfeccionó durante décadas, y que hoy aplica la industria de combustibles fósiles con el mismo cinismo en el debate climático.

En efecto, esta industria y sus portavoces han replicado este «manual» casi al pie de la letra: han utilizado los mismos consultores, estrategias e incluso el mismo lenguaje para desacreditar la ciencia del clima, financiando *think tanks* que transmiten sus mensajes, promoviendo a falsos expertos y difundiendo teorías conspirativas.

El objetivo, en ambos casos, era el mismo: retrasar la acción política y social, debilitar la percepción de urgencia y proteger, por encima de todo, sus beneficios económicos, aunque ello implique consecuencias devastadoras para la salud pública o, en este caso, para el planeta.

Así, el negacionismo climático no solo hereda las tácticas de las tabacaleras, sino que evidencia, lamentablemente, cómo una desinformación cuidadosamente orquestada puede obstaculizar durante décadas el progreso de políticas fundamentales para el bienestar común.

El negacionismo climático, como demuestra de manera contundente este libro, no surge de opiniones espontáneas. Detrás de él se hallan grandes corporaciones de combustibles fósiles, *think tanks* conservadores —algunos creados expresamente para este fin— y sectores políticos que perciben amenazados sus privilegios y modelos de negocio ante la transición ecológica.

Estas fuerzas han destinado ingentes recursos a campañas de desinformación, a amplificar voces «escépticas» y a manipular el debate público. Su objetivo es nítido: retrasar la adopción de medidas urgentes, justificar la inacción y perpetuar un modelo de desarrollo insostenible.

Las consecuencias de esta estrategia son profundas y duraderas. Al instalar la idea de que «dos grados no son para tanto», se desacti-

va la alarma social, se pospone la acción política y se condena tanto a las generaciones futuras como a las poblaciones más vulnerables en el presente a soportar los peores impactos del cambio climático.

En este contexto, la indiferencia no es neutralidad: es complicidad con un sistema que antepone el beneficio económico inmediato a la supervivencia colectiva.

Tampoco se trata de negar el valor del escepticismo en la ciencia —todo científico debe ser escéptico antes de comprobar la evidencia—, sino de distinguir entre la duda honesta y la duda fabricada al servicio de intereses particulares.

Porque dos grados de aumento permanente de la temperatura de la Tierra no son una anécdota: son la diferencia entre un futuro habitable y uno marcado por el caos climático, la desigualdad y la pérdida irreversible de ecosistemas.

Este libro del profesor José María Baldasano Recio —uno de los mayores expertos internacionales en la materia— surge de la necesidad de desenmascarar el negacionismo climático. A lo largo de sus páginas, analiza con rigor tanto las narrativas y estrategias empleadas por quienes niegan el cambio climático como las motivaciones que hay detrás de este fenómeno. Además, reivindica la urgencia de actuar de manera colectiva frente a una de las mayores amenazas de nuestro tiempo.

En este documentado estudio, siempre basado en datos contrastados y no en creencias ni opiniones, los lectores encontrarán argumentos que les permitirán sacar sus propias conclusiones sobre la urgencia del problema climático al que nos enfrentamos, y sobre cómo los poderosos intereses económicos que sustentan el negacionismo, perfectamente estructurado, intentan minimizarlo.

Porque, al final, lo que está en juego no son solo cifras en un termómetro, sino el destino de nuestra civilización y un factor que, de momento, no tiene solución. No se trata de discutir números sobre las temperaturas: lo que está en juego es el futuro de nuestra civilización tal como la conocemos y como queremos que la conozcan nuestros descendientes. Y, puesto que vivimos en la Tierra y aún no disponemos de alternativas a ese hábitat, no podemos permitir-

nos el lujo de ignorar el problema que nosotros mismos hemos causado al calentar el planeta.

Espero que disfruten de este recorrido por la trastienda del negacionismo climático y descubran, junto al autor, cómo se construye la duda, quiénes se benefician de la inacción y, sobre todo, por qué no podemos permitirnos seguir mirando hacia otro lado.

Presentación

El título *Dos grados más no son para tanto. Una historia del negacionismo climático* pretende ser una crítica o una observación sobre cómo algunas entidades y personas niegan o minimizan el impacto del actual cambio climático. Un desglose del mensaje implícito nos evidencia lo siguiente:

1. «Dos grados más no son para tanto»: refleja un argumento común de los negacionistas o retardistas del cambio climático, que creen que un aumento de 2 °C en la temperatura media global del planeta no es algo grave. Suena a fórmula tranquilizadora o a estrategia para justificar la inacción, pues insinúa que un cambio aparentemente tan pequeño es insignificante.
2. «Una historia del negacionismo climático»: quiere denunciar la actitud de quienes conforman este fenómeno económico, ideológico, político, social y mediático que es el negacionismo climático y rechazan o subestiman el consenso científico sobre el calentamiento global y sus consecuencias. Su objetivo determinante es mantener a la humanidad en la civilización de los combustibles fósiles, y por ello se organizan para influir en la opinión y en el debate públicos. Se abordan las narrativas, estrategias o actitudes que niegan, minimizan o distorsionan deliberadamente la evidencia científica sobre el cambio climático.

En conjunto, este título debe interpretarse como una denuncia irónica o crítica, o ambas a la vez, hacia quienes desprecian las advertencias científicas sobre el cambio climático y restan importancia a un incremento de la temperatura que, según las evidencias, a tenor del conjunto de datos y observaciones disponibles, puede tener consecuencias catastróficas (como aumento del nivel del mar, eventos climáticos extremos, pérdida de biodiversidad, etc.).

«DOS GRADOS NO SON PARA TANTO»:

EL NEGACIONISMO CLIMÁTICO DISFRAZADO DE INDIFERENCIA

«Dos grados no son para tanto»: esta frase, aparentemente inofensiva, resume uno de los grandes desafíos a los que se enfrenta la lucha contra el cambio climático: el negacionismo sutil, cotidiano, que se disfraza de escepticismo razonable pero que es, en realidad, una forma peligrosa de inacción. No es un negacionismo climático abierto que dice que el cambio climático no existe, sino una versión más insidiosa: la que reconoce el fenómeno, pero lo minimiza.

Los científicos del IPCC llevan años advirtiendo de que un aumento de 2 °C en la temperatura media global no es un cambio trivial. Es el umbral que separa un mundo aún habitable de uno marcado por fenómenos meteorológicos extremos, inseguridad alimentaria o emigraciones humanas forzadas. Un planeta «solo» 2 °C más cálido implica más incendios forestales, tormentas más destructivas, colapsos significativos en los sistemas agrícolas y ciudades costeras inundadas. Y eso que superar el umbral de 1,5 °C, según lo estipulado en el Acuerdo de París, nos coloca ya en una situación de riesgo grave, y vamos camino de alcanzarlo más pronto que tarde.

Sin embargo, parte del problema radica en cómo percibimos los números. Para la mayoría de la población, 2 °C más en el ciclo diario puede parecer un cambio apenas perceptible. ¿Qué son 2 °C si cada día la temperatura varía más que eso? Pero el actual cambio climático no hace referencia a una sensación térmica puntual, sino a un promedio global que, aunque pequeño en número, implica

transformaciones profundas y duraderas en los sistemas climáticos que sostienen la vida en la Tierra.

Este tipo de negacionismo «suave» es uno de los más difíciles de combatir, porque no niega los datos, pero los desactiva. Rebaja la urgencia, genera apatía y alimenta un discurso que posterga decisiones políticas y económicas cruciales. Si la mayoría de las personas no considera que 2 °C sean motivo de alarma, ¿cómo justificar acciones drásticas, como dejar de usar los combustibles fósiles, como avanzar en la descarbonización y transformar nuestras economías o cambiar los hábitos de consumo?

El negacionismo climático ha sabido evolucionar en las formas y maneras de elaborar y hacer llegar su mensaje, desde las prácticas comunicativas de los años sesenta y setenta del siglo xx hasta las actuales, basadas en el uso exhaustivo de las redes sociales.

La frase «dos grados no son para tanto» no es solo una expresión de escepticismo; es un síntoma de desinformación, de falta de valoración objetiva de la realidad y de conexión emocional con el problema, con su gravedad y con las consecuencias que conlleva. Superarlo precisa más que datos: requiere relatos que conecten, mejorar el nivel de formación de toda la población y en particular una educación climática efectiva, nuevas conductas y prácticas sociales y líderes dispuestos a hablar claro, a tomar decisiones y a actuar sobre lo que está en juego.

Porque sí, dos grados son para tanto. Y mucho más.

Como muestra del obstruccionismo, el retardo y la lentitud política en la toma de decisiones sobre el actual cambio climático debido a la actividad desarrollada por el negacionismo climático, me permito reproducir un artículo que publiqué el 9 de abril de 1995, hace más de treinta años, en el diario *El Periódico* con el título «El clima cuestiona nuestra sociedad»:

La humanidad se enfrenta por primera vez a un problema ambiental de complejidad global, que afecta a toda la Tierra y, especialmente, a la supervivencia de nuestra actual civilización más que a la del planeta.

Puede decirse que el clima varía de forma natural a todas las escalas de tiempo. Ello es debido a diferentes factores, como son

las variaciones de la órbita de la Tierra, la actividad solar, intensas erupciones volcánicas, etc. Pero a causa del incremento exponencial del número de individuos de la especie humana, del aumento de sus actividades: agrícolas, industriales, urbanas y de transporte, y de la modificación de sus hábitos de comportamiento, la humanidad se puede estar convirtiendo de forma progresiva en un nuevo factor climático.

El mecanismo por el cual el CO_2 (y otros gases con propiedades similares) calienta la atmósfera terrestre se llama efecto invernadero. Este efecto de origen natural, conocido desde finales del siglo pasado gracias al químico sueco S. A. Arrhenius, premio Nobel en 1903, se basa en la propiedad común de ciertos gases, presentes en la atmósfera terrestre, de absorber la radiación infrarroja. Esto es una cosa semejante, pero no idéntica, a lo que hacen los invernaderos.

El resultado es un recalentamiento natural y permanente de las capas bajas atmosféricas. La consecuencia de este efecto invernadero es que la temperatura media del planeta sea actualmente de 15°C , en lugar de los menos 21°C que en ausencia de estos gases habría, lo que hace que la Tierra sea más comfortable de habitar. No hay duda de que, debido a la actividad humana, se ha incrementado durante los dos últimos siglos el contenido atmosférico de los llamados gases invernadero (CO_2 , CH_4 , N_2O y CFC).

Se ha estimado el contenido de CO_2 , a mediados del siglo pasado, en unas 280 ppm, mientras que ahora es superior a 350 ppm. Aunque el CO_2 sea un componente natural de la atmósfera, no lo es su aumento en un 25% desde el comienzo de la revolución industrial. Este incremento se debe, principalmente: a la combustión de materiales fósiles debido tanto a procesos de urbanización, transporte e industrialización como a la explosión demográfica, así como a procesos de deforestación, de disposición de residuos, etc. La emisión a la atmósfera de los otros gases de invernadero también ha aumentado.

Los estudios científicos indican que desde finales del siglo pasado se ha producido un aumento entre $0,3$ y $0,6^\circ\text{C}$ en la temperatura media del planeta, y a esto puede haber contribuido la acumulación de estos gases en la atmósfera. La simulación mediante modelos numéricos del comportamiento de la atmósfera permite calcular la temperatura media del planeta bajo ciertas

hipótesis, y aunque los resultados entre los diversos modelos utilizados no son enteramente coincidentes, los pronósticos del aumento de temperatura media varían de 1,5 hasta 4,5 °C. Señalar que entre el último período glacial y hoy día, la temperatura ha aumentado en unos 7 °C. Por tanto, una variación de 2 a 4 °C debe ser tomada en consideración como algo claramente significativo.

Los efectos del mayor calentamiento global constituyen actualmente materia de debate e incertidumbre. Se piensa en que se elevará el nivel del mar y que puede perturbarse la dinámica de muchos ecosistemas. Aunque el incremento inducido del calentamiento global se analiza en términos de temperaturas medias, su distribución no es uniforme: se espera aumentos más notables en latitudes más próximas a los polos en comparación con el Ecuador, con modificación de los regímenes de lluvia y su incidencia en la disminución de las cosechas.

Científicamente no se puede afirmar claramente que estemos ante un cambio climático inducido por el hombre, pero existe una fuerte corriente de opinión, la cual sostiene que la amenaza potencial que representa el cambio climático es demasiado grave para esperar a tener un mejor conocimiento de lo que está sucediendo. En consecuencia, se impone la aplicación del principio de precaución. Es decir, tomar medidas desde ahora. Este es uno de los objetivos del Convenio del Cambio Climático, firmado en Río de Janeiro (1992), cuya reunión de las partes tiene lugar estos días en la cumbre del Cambio Climático en Berlín, sin grandes acuerdos concretos.

Para reducir la posibilidad de aumentar el efecto invernadero, es necesario limitar las emisiones de los principales gases que lo provocan. Es aquí donde emergen otro tipo de problemas: ¿cuánto hay que reducir?, ¿en cuánto tiempo?, ¿cómo o dónde se puede reducir?, ¿quién debe reducir? Existen profundas diferencias en las metodologías de estimación de las emisiones, así como en las cantidades emitidas por los distintos países, especialmente entre los industrializados y los llamados en vías de desarrollo. Dos ejemplos, con datos de 1990: Estados Unidos tiene una emisión de CO₂ por habitante de 13 toneladas mientras que China apenas llega a las 2; a nivel de ciudades, Denver (Estados Unidos) tiene una tasa de 22 toneladas frente a Anka-

ra (Turquía), de 3,6. Las diferencias son muy fuertes, y por consiguiente la polémica.

La humanidad se enfrenta por primera vez frente a un problema ambiental de complejidad global. Que afecta directamente a todo el planeta y en consecuencia y muy especialmente a la supervivencia de la actual civilización humana más que a la propia supervivencia del planeta.

Pero además la incidencia de las actuaciones para potenciarlo o remediarlo pasa por un conjunto de medidas de muy amplio y distinto alcance, tanto colectiva como individualmente. Desde cuestionarse el modelo de sociedad o la política energética a la decisión individual de poner una bombilla más eficiente en la habitación de una casa.

Es difícil imaginarse una situación futura en la que no crezcan las necesidades del conjunto total de la especie humana. Una parte muy importante de la población, que sigue creciendo, y con ella la demanda energética y en bienes, tiene unas condiciones de vida de simple subsistencia, frente a otra que disfruta de un alto nivel de consumo. Las medidas que se proponen enfrentan a los países industrializados con los países en vías de desarrollo.

La dimensión del problema para la humanidad es de tal magnitud, que implica cuestionarnos muy seriamente nuestros actuales sistemas socioeconómicos, basados esencialmente en criterios de crecimiento sostenido, y ponerse a caminar hacia modelos basados en un desarrollo sostenible.

Lamentablemente, su contenido sigue siendo totalmente actual treinta años después. Solo hay dos datos que sería necesario actualizar, y no precisamente en un sentido positivo:

- «Se ha estimado el contenido de CO_2 , a mediados del siglo pasado [se refiere al siglo XIX], en unas 280 ppm, mientras que ahora ya estamos alcanzando las 430 [en lugar de 350] ppm. Aunque el CO_2 sea un componente natural de la atmósfera, no lo es su aumento en más de un 53% [en lugar de 25] desde el comienzo de la revolución industrial».

- «Los estudios científicos indican que desde finales del siglo pasado se ha producido un aumento de 1,55 °C [en lugar de entre 0,3 y 0,6 °C] en la temperatura media del planeta».

La humanidad se enfrenta a un problema de dimensión global. Las actuaciones pasan por cambiar el actual modelo de sociedad, su política energética, globalmente. Pero también la percepción y la decisión individual de cada uno de nosotros. La dimensión del problema es de tal magnitud, que implica cuestionarnos seriamente nuestro actual sistema, basado en criterios de crecimiento sostenido, y caminar decididamente hacia modelos de un desarrollo sostenible real. Es urgente una drástica corrección del rumbo. La emergencia ambiental debe ser una de nuestras principales prioridades porque los efectos del actual cambio climático tienen elevados costes, superiores a los de cambiar de modelo, que ya estamos pagando: provoca enfermedades evitables y muertes prematuras, desertifica y empobrece el planeta, comprometiendo su habitabilidad, y afecta gravemente a la calidad de vida de los ciudadanos.

Es, además, una cuestión de justicia generacional.

Todas estas razones, todos estos datos, fueron determinantes para escribir este libro.

Introducción

En los últimos 275 años, con la Revolución Industrial, a partir del uso de la máquina de vapor en Inglaterra, comenzamos la llamada «era del progreso». Eso supuso una modificación de las fuentes de energía tradicionales utilizadas hasta ese momento, leña y animales, y el uso de forma progresiva de los combustibles fósiles —petróleo, carbón y gas—, unido a un gran crecimiento y desarrollo de la especie humana. En la actualidad, más de 8.000 millones de individuos de la especie humana pueblan el planeta.

Aunque el siglo **xxi** se caracteriza por el avance y la expansión de la digitalización y de la información a nivel global, seguimos dependiendo en más de un 77% de la energía de los combustibles fósiles, complementados con la nuclear y la emergencia de las renovables. Por eso hay quien considera que en realidad estamos todavía en lo que se ha definido como la «civilización de los combustibles fósiles».

Pero la civilización de los combustibles fósiles ha provocado una grave externalidad ambiental, climática y económica, que es la emisión cada vez mayor de cantidades intensivas de dióxido de carbono (CO_2), además de metano (CH_4) y óxido nitroso (N_2O), conocidos como «gases de efecto invernadero» (GEI), a la atmósfera terrestre, lo que ha alterado su composición. Justamente estos gases son los que regulan el balance energético del planeta, los que permiten que la temperatura media de la atmósfera proporcione unas condiciones

de habitabilidad climática que han hecho posible el desarrollo de la especie, algo inviable de ser otras las condiciones climáticas.

Esta emisión de GEI, debido principalmente al uso de los combustibles fósiles, ha provocado lo que hoy día se conoce como el «cambio climático antropogénico», o bien simplemente «cambio climático», también llamado o conocido como «calentamiento global», para así distinguirlo de los cambios climáticos que ha experimentado el planeta Tierra a lo largo de su existencia, de sus más de 4.500 millones de años. Pero ahora estamos hablando solo de lo que le está pasando en los últimos 275 años, un período de tiempo que, desde una perspectiva geológica, es insignificante. Esa es la gran paradoja.

Si actualmente el 75% de las emisiones antropogénicas de CO₂ proviene del uso y quema de los combustibles fósiles, y la forma más efectiva —y absolutamente necesaria— de reducir, de mitigar, el actual cambio climático es detener su extracción y uso, ¿por qué desde la década de los años sesenta no se ha abordado de manera directa la principal causa del problema? La respuesta se encuentra en la enorme presión ejercida por parte de las empresas, corporaciones y actores vinculados a la industria de los combustibles fósiles, que se niegan a abandonar un negocio muy rentable que les ha generado millones de dólares diarios, mediante la negación de la existencia del cambio climático que provocan.

Los promotores del negacionismo climático constituyen un grupo de interés particular. Suelen sostener que poseen información más detallada y precisa que la mayoría sobre el clima terrestre, afirman conocer detalles que los demás parecen ignorar deliberadamente y aseguran haber prestado atención a las opiniones de científicos disidentes, a quienes atribuyen más autoridad, por su independencia de criterio, que al resto de integrantes de la comunidad científica. Argumentan que los intereses prevalentes dentro de dicha comunidad siempre son cuestionables. Y, sistemáticamente, ponen en entredicho la ciencia climática.

Los discursos, las narrativas y las estrategias contrarios a la acción climática del negacionismo climático han estado y están presentes, con especial potencialidad y agresividad, en tácticas de co-

municación, de presión política y económica y en planteamientos ideológicos. Han logrado convertir la cuestión del actual cambio climático en un asunto de confrontación política y polarización social.

Los medios de comunicación y las redes sociales simplifican, con frecuencia, el término «negacionismo» para identificar a quienes se oponen a la acción climática o pretenden retrasarla. Sin embargo, la realidad es más compleja. Almiron y Moreno (2022) consideran que el uso únicamente del término «negacionismo» no es adecuado como concepto paraguas por varias razones, ya que actualmente una parte de los discordantes climáticos no niegan la ciencia climática, sino que son contrarios básicamente a la adopción de políticas climáticas, para lo cual esgrimen como principales motivos, primero, que su efecto es limitado, y, segundo, que pueden perjudicar a la/su economía.

No obstante, en este libro se usará predominantemente el término «negacionismo climático» aun teniendo en consideración el amplio conjunto de enfoques y perspectivas que conlleva y el desarrollo conceptual y sobre todo ideológico que ha tenido, de acuerdo con los diferentes intereses y la evolución de sus posicionamientos. Y es que, con independencia de cada planteamiento concreto, es innegable su responsabilidad a la hora de socavar la concienciación pública sobre la importancia de la actual crisis climática y de obstaculizar la adopción de medidas en la absoluta y urgente necesidad de abandonar el uso de los combustibles fósiles.

Podemos pensar que el negacionismo del cambio climático ha quedado superado por la constatación progresiva de sus efectos sobre el clima. Lamentablemente no es así, y los negacionistas climáticos siguen manifestando su oposición mediante el uso de sistemas más elaborados y sofisticados de acuerdo con el actual desarrollo digital. Tenemos la realidad objetiva que explica la ciencia, pero también la realidad fabricada de las *fake news* y los bulos.

En la actualidad, aunque el negacionismo sigue teniendo una presencia importante, también ha evolucionado hacia una variante que es el «retardismo» (*climate delay*), que consiste en no negar la crisis climática pero postergar las acciones que pretenden paliarla. Es un tipo de desinformación negacionista del cambio climático que pretende retra-